

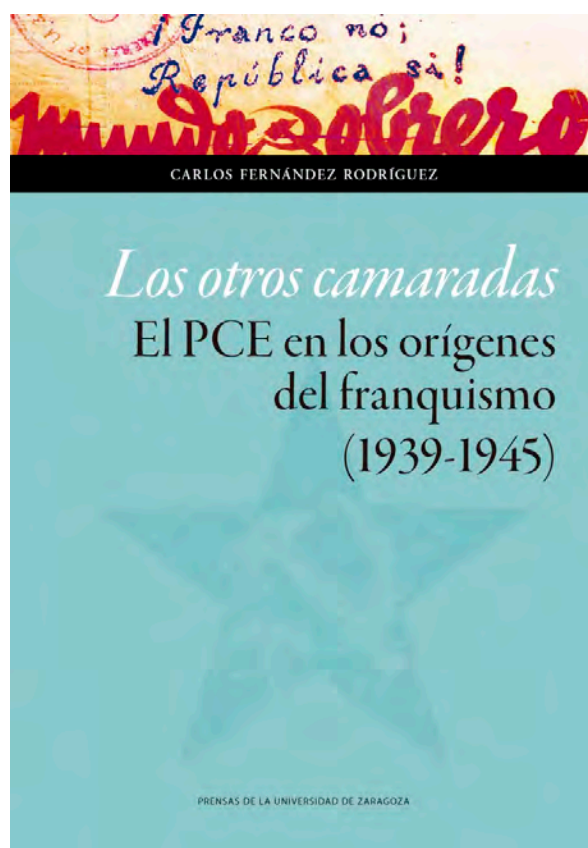
Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945), de Carlos Fernández Rodríguez*

Santiago Vega Sombría

IES Diego Velázquez / Universidad Complutense de Madrid

La dictadura franquista es una fuente inagotable de producción historiográfica. Rebasada ya la simbólica cifra de los cuarenta años de la desaparición del dictador, continúan con vigor las investigaciones sobre un periodo cuyas consecuencias se perciben en distintos aspectos de nuestra realidad actual. Los orígenes, los más dramáticos y oscuros, no por más lejanos son menos abordados por los historiadores. La construcción del Nuevo Estado sobre las bases de una brutal represión extensiva e intensiva ha constituido —y constituye aún— uno de los temas recurrentes. En este ámbito se centra el libro que presentamos. El Partido Comunista de España que durante la guerra se había constituido en un baluarte fundamental de la defensa de la legalidad republicana, una vez concluido el conflicto se convertirá en la principal fuerza de oposición antifranquista en el interior del país. En este trabajo, Carlos Fernández arroja luz sobre esos años sombríos en los que miles de comunistas arriesgaron la vida, muchos de ellos hasta perderla, en una lucha desigual contra el régimen franquista.

*Reseña de Carlos Fernández Rodríguez, *Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020, 1.092 pp.



Nos encontramos ante el fruto de un proyecto de más de veinte años de investigación que se inició con el estudio sobre la guerrilla urbana establecida en Madrid, encuadrada en la Agrupación Guerrillera del Centro. Los resultados se plasmaron en la publicación de su primer libro, constituido

ya en un clásico de la historiografía sobre los orígenes de la lucha del PCE contra el franquismo: *Madrid Clandestino, La reestructuración del PCE, 1939-1945* (2002). Sobre esa sólida base, en el marco de su tesis doctoral, amplió el análisis a todo el ámbito estatal del PCE, cuyo resultado es este libro. El título ya es una declaración de intenciones, *los otros camaradas* no son los protagonistas habituales de los libros ni de los medios de comunicación. No se trata de la dirigencia —que también aparece reflejada— sino de la militancia de base, los grandes olvidados de la historia, incluso la del propio Partido. Retrata fundamentalmente a los militantes anónimos y combatientes, forjadores de los diferentes comités locales, provinciales y regionales del PCE en todo el país, durante la primera y más dura clandestinidad. En definitiva, «centenares de pequeñas historias entrelazadas y de relatos humanizados de una cultura militante clandestina extendida a lo largo de sus vidas». Son la *gente de abajo*, como retrata con escrupulosa fidelidad la novela de Juana Doña^[1]. Esta es una característica habitual en las obras de Carlos Fernández. Adquieren una relevancia especial los miles de comunistas clandestinos que se quedaron en el país para resistir y luchar contra el franquismo, incluso antes de terminar la Guerra Civil. Algunos —como Guillermo Ascanio, Domingo Girón y Eugenio Mesón— acababan el conflicto en la cárcel, apresados por las fuerzas del golpista coronel Casado, serían fusilados por Franco el 3 de julio de 1939.

Sin duda alguna, nos encontramos ante un gran libro con 1082 páginas, de las que no sobra ninguna. No es habitual en los últimos tiempos superar el medio millar. En una muestra de la adaptación a los tiempos

1.—Juana Doña, *Gente de abajo*, Ediciones y Publicaciones A-Z, Madrid, 1992.

digitales —y para no incrementar el número de páginas—, a través de un código QR enlaza con dos imprescindibles anexos. Un apéndice documental incluye las reseñas biográficas de más de tres mil *otros camaradas*: militantes y simpatizantes. El otro —onomástico— es muy necesario para identificar a las más de cuatro mil personas que aparecen en la obra. Se trata de uno de los libros necesarios para consulta de investigadores y para el público en general que quiera conocer ese triste periodo de nuestra historia. Son los años más terribles del franquismo. La Victoria cargada de venganza cae sobre los vencidos, con cientos de miles de presos, decenas de miles de fusilados y centenares de miles de expulsados de su puesto de trabajo y despojados de sus bienes. La obra es especialmente reveladora para los familiares de los protagonistas de esa lucha. Muchas de ellas ignoraban la participación de sus parientes en la lucha antifranquista en las filas del PCE. Cumple así una necesaria labor social y moral de memoria democrática.

La obra está profusamente fundamentada, con fondos archivísticos, entre los que destaca el Archivo Histórico General de la Defensa. La jurisdicción castrense se sustentaba con las sucesivas desarticulaciones de las continuas reorganizaciones del Partido. El proceso culminaba en los consejos de guerra que condenaban a muerte o a treinta años por la simple militancia comunista. Una vez tamizado su marcado sesgo ideológico, esta documentación de la represión ofrece detallada información de las numerosas detenciones y las condenas impuestas a cada comunista juzgado. Pero aún así, *caída* tras *caída*, la organización se volvía a levantar. Lo reconocerá ya en los años sesenta la Policía franquista «el PCE como es sabido no acepta los fracasos, y las múltiples desarticulaciones que ha sufrido las considera como experiencias para

proseguir la lucha»^[2]. El marco cronológico finaliza al tiempo que la Segunda Guerra Mundial y la esperanza de los antifranquistas de que llegaría la ayuda aliada para acabar con la dictadura. En el marco histórico del PCE se cierra con la ascensión de Carrillo como responsable del Partido en España, desde su despacho de París.

Carlos Fernández narra la historia de muchos de los cuadros antifranquistas que no pudieron exiliarse y asumen tanto el deber de luchar contra la dictadura como ayudar a los presos y a sus familias. Buscaron a los camaradas que no habían sido detenidos y se organizaron. Por todo el país cada comité clandestino ayudaba a los presos y combatía la dictadura. En el campo de concentración de Albatera, Jesús Larrañaga, Enrique Sánchez, Ramón Ormazábal, entre otros, promovieron la primera reorganización de las estructuras del Partido. La seguridad era la máxima prioridad en todos los órdenes de la vida militante: comunicaciones, documentos, material propagandístico, desplazamientos... El peligro era enorme: la detención, las brutales torturas que podían matar o dejar secuelas para el resto de la vida, la cárcel donde el hacinamiento y la mala alimentación será otro escenario de muerte y, por último, el consejo de guerra que condenaba a la última pena o a treinta años solo por militar. En una posguerra de hambre y necesidad, la detención y/o la muerte del afiliado significaba la miseria de la familia que no tenía otra fuente de ingresos. El riesgo afectaba también a los familiares, que eran castigados como represalia cuando no se lograba la detención del militante. La obsesión por la seguridad provocaba un estado de tensión constante y desconfianza, por miedo a las delaciones, a los informes falsos, las infiltraciones o los confidentes.

2.- Archivo Histórico Nacional, *Boletín de Información de la Comisaría General de Investigación Social*, 26/05/1966.

Pero esa lucha y la ayuda solidaria con el socorro pro-presos, en unas condiciones tan adversas, con unas relaciones muy complicadas entre la dirección del exterior y las organizaciones del interior genera divisiones internas que, en el marco del estalinismo, provocarán expulsiones. Denuncias de espías y agentes infiltrados eran frecuentes en todos los partidos comunistas. Pero, entre una militancia de base muy disciplinada, pese a todo, predominará la obediencia casi ciega a los órganos de dirección. El amor al Partido, el orgullo de su pertenencia y un gran idealismo son los rasgos habituales para muchas gentes que, desde pequeños, vieron y vivieron las desigualdades sociales y económicas. Esta gente de abajo encontró en el Partido la ilusión de un futuro más justo y su realización como proyecto de vida.

No faltan en su obra personajes conocidos y reconocidos por el Partido como Juana Doña y Matilde Landa. Pero también los no rehabilitados hasta bien entrados los años ochenta como Jesús Monzón o Heriberto Quiñones. Sobre este último cayeron todo tipo de acusaciones de «traidor, agente británico, hereje, chivato y sectario», a pesar de haber sido ejecutado atado en una silla de ruedas a consecuencia de las bárbaras torturas sufridas ante la Brigada Político Social. La política de Unión Nacional promovida por Quiñones superaba el Frente Popular e invitaba a participar a todos quienes se manifestaran contrarios a la España franquista, incluidos monárquicos, católicos, derechistas y falangistas descontentos con Franco. Los comités de Unión Nacional se extendieron por toda la geografía española y la estructura que Quiñones confeccionó fue la que mejor funcionó clandestinamente durante aquellos años. Sería continuada y adaptada por Monzón con su Junta Suprema de Unión Nacional (ayudado con la publicación del periódico

Reconquista de España) que proponía un gobierno de unidad nacional con las fuerzas democráticas y personas de derechas cansadas de Franco. La idea era ambiciosa, pero no estaba respaldada por las direcciones del PCE en el exterior (América, Francia y la URSS). La liberación de Francia en el verano de 1944 en la que participaron miles de combatientes republicanos encuadrados en la Resistencia francesa animó a éstos y a Monzón para organizar un movimiento guerrillero en España. Pero el fracaso de la operación *Reconquista de España* en el Valle de Arán fue aprovechado por Carrillo para acabar con el poder de Monzón.

Carlos Fernández denuncia el «premeditado silencio institucional» de miles de historias como las recogidas en el libro y

reivindica —lo que suscribimos muchos docentes— que tales acciones y luchas deben ser conocidas por las nuevas generaciones. Es una exigencia de la memoria democrática y una deuda del antifranquismo para con ellos. De ahí la importancia de rescatar del olvido a miles de hombres y mujeres que fueron represaliados por la dictadura y olvidados por la Historia y la historiografía. Para ese fin, el autor reclama un plan de estudios riguroso que explique en los colegios e institutos todo lo ocurrido en la Guerra Civil y en la dictadura franquista, con su letra pequeña: los luchadores anónimos. En definitiva, que *sus nombres no se borren de la historia*, para ello Carlos Fernández ha dado el primer paso, les ha sacado del anonimato, ya están escritos en la Historia.